

UN TEMA QUE NO ES TEMA. (1)

Pensando estaba uno de estos días que qué escribiría para leer hoy, señores, i pensando, mi intelijencia me advertía ¡justa advertencia! que para escribir sobre cualquier cosa es indispensable tener no solo voluntad sino principalmente conocimientos especiales sobre las materias que quieran tratarse e ilustracion jeneral, estudios previos, en una palabra, i yo carezco de ellos. Pero si la mente me sujeria tales pensamientos, recordaba por otra parte que tenia un deber que cumplir i que éste, bien o mal, debia llenarlo. En esta lucha de dos fuerzas tan opuestas hubo de triunfar la segunda i la voluntad abrazó con decision la idea de escribir sobre algo.—¿Cuál seria este algo?—La mente comenzó a divagar por espacios que crecian momento a momento, las ideas se sucedian como los eslabones de una cadena interminable i se agolpaban a la imaginacion como las abejas de una colmena.

Veamos el resultado de estas divagaciones i de aquella decision.

Vagando, vagando el pensamiento, llegó hasta Dios; mui arriba sin duda para principiar.—“Escribiré de Dios”, me dije. Pero ¿cómo tratar de El? ¿por dónde comenzaria? ¿bajo que aspecto lo iba a considerar?—Si me resolvía a hablar de sus atributos ¿cuál admiraria? ¿Acaso su bondad, que, como ningun otro, resplandece en la creacion, en la cual pareció olvidarse de su justicia, puesto que dió existencia a lo que no era, siendo, como es, incapaz de merecer lo que no existe? ¿su amor, que le ha impelido a hacer por el hombre cosas que, sin la fé parecen inverosímiles, imposibles, absurdas? ¿su sabiduría, que con una idea simple i única se comprende a sí mismo, es decir, abarca toda la ciencia infinita? ¿su eternidad, que brilló sin principio ántes que hubiera tiempos i que lucirá sin fin despues de la vida de las jeneraciones, con resplandor increado? o bien ¿alabaria su inmensidad, su poder, su santidad, su belleza o alguna otra de sus infinitas perfecciones? ¿Qué decir, por fin, de Aquél cuya gloria

(1) Artículo leído en el *Círculo de Colaboradores* de LA ESTRELLA DE CHILE.

cuentan los cielos i cuyas obras anuncia el firmamento; de Aquél a quien el ángel glorifica i el hombre adora, la naturaleza proclama i Satan maldice; de Aquél ante quien tartamudea el mas firme labio i la pluma mas elocuente apénas sabe palotear?

Seguramente habeis observado muchas veces cómo el débil mosquito se empeña en vano por atravesar el terso i limpio cristal, figurándose, porque lo ve trasparente, que no es obstáculo en su camino. Pues no de otro modo me aconteció a mí con esta idea. La voluntad, confiada mas que presuntuosa, porfiaba por discurrir sobre ella ¡porfía inútil, vano empeño! la intelijencia se estrellaba contra una valla insuperable e iba a perderse, como la gota de agua en el Océano, en la inmensidad del infinito.

I todavía hablar de Dios ante vosotros seria majadero i fastidioso: renuncio, por todas estas razones, a hacerlo i disculpadme.

De Dios bajó la imajinacion al hombre, de la grandeza del cielo a esta tierra de miseria i llanto.—“Un capítulo de desencanto es buen argumento para escribir una página, me decia; pero ¿cuál será él?”—La fugacidad de la vida, sus pesares ¡qué temas de prestarse a consideraciones tan varias! porque ¿quién puede contar que para él no han corrido los años con veloz carrera? mejor ¿quién no dice que sus dias han volado? ¿Hai alguién que no haya sido visitado por el infortunio i el dolor? “¿Quién fué en el mundo sin cruz ni tribulacion”?—Ayer no mas jugábamos en el dulce regazo de nuestras queridas madres, que nos prodigaban sus tiernas caricias en cambio de lo que ellas apellidaban nuestras gracias, i hoy ¡ai! esos dias han pasado para no volver mas, i han trascurrido lijeros, rápidos, voladores. ¡Ai! he dicho, señores, i una lágrima ha humedecido este papel borrando para mí un nombre inolvidable, idolatrado; un nombre que pronuncia mi labio trémulo de emocion; nombre que me repite la fuente i el aura, el bosque i el ave; nombre que escucho en el silencio de la noche i en el bullicio del dia; nombre que veo escrito en el cielo i que conservo grabado con caractéres indelebles en el fondo de mi corazon. . .! ¡Ah! los que lloramos la pérdida de ese sér querido que se llama madre, pérdida a nada comparable; los que sentimos el alma lacerada con esa herida que es imposible que cicatrice el tiempo; los que tenemos desierto el corazon con ese vacío que nadie puede ocupar, sabemos, sí, sabemos lo que es sufrir, comprendemos lo que es el dolor, podemos decir, sin ponderacion, que hemos apurado hasta las heces el cáliz de la amargura. I los que nó ¿acaso no han visto, no hemos visto todos desaparecer de nuestro lado séres queridos que, como la llama a quien le falta pábulo, se han desprendido de aquí para volar a la rejion de la luz?—Nosotros mismos ¿qué serémos mañana?—Nuestro último dia puede tardar todavía muchos años en llegar:

mirada desde ese hoy la vida, será un ayer que no tendrá mañana, porque la eternidad es siempre.

Pero yo no sé a dónde voy a parar con estas consideraciones preliminares. ¿Me será lícito, por ventura, descubrir la realidad que yo percibo, a existencias que ven deslizar su vida al través del velo de rosadas ilusiones, a jóvenes que divisan en su porvenir un horizonte de doradas esperanzas? ¿Con qué derecho pretendo decirles que van persiguiendo sombras, que buscan lo que jamás hallarán, que su estrella, hoy brillante y fascinadora, se eclipsará mañana, dejando en pos de sí oscura y triste noche? ¿A qué poner acíbar en la copa de la felicidad que recién comienzan a saborear los compañeros que me escuchan? Doblemos, pues, la hoja. Esto de hablar de la inestabilidad de las cosas terrenas no está bueno para nosotros.

A vosotros, jóvenes, que divisáis un porvenir risueño y sin nubes; a vosotros, corazones arrullados por ensueños de oro y de felicidad, habré de hablaros de esa pasión sublime que modifica y que transforma, que purifica y que eleva, que engrandece y que diviniza al hombre; de ese sentimiento vago y misterioso que, augurando dichas sin fin, endulza las amarguras de la vida: oasis fecundo que regala al árido desierto en que vivimos esos seres que se llaman madre, esposa, hija, hermana, providencias de la tierra; de ese ideal que ha inspirado tanto cantos, que ha producido tantos héroes y consumido tantas víctimas; de esa aspiración que condensa todas las aspiraciones de la vida; habré de hablar del ensueño de nuestra vida, de ese ángel que vemos a todas horas y en todas partes, que nos visita aun en nuestros sueños, que retratamos en nuestra imaginación, que adoramos con nuestra fantasía, que amamos con toda la fuerza de nuestra alma!—Pero no. Yo desisto de hablar de aquella pasión, de ese sentimiento; renuncio a describir ese oasis y este ideal; no puedo retratar a este ángel: y desisto de pintarlo, y renuncio a describirlo, y soy incapaz de retratarlo, porque, señores, el amor no se pinta, ni se describe, el amor... se siente! y no hay pluma que pueda describir, ni pincel capaz de delinear la fisonomía, la sonrisa, el donaire, la belleza del ángel que es objeto de este amor!

Pero después de tanto hablar, nada os he dicho para cumplir la obligación que tengo de leeros algún tema. Explorémos entonces otro campo. Intentaré buscar alguno del que pueda decir siquiera cuatro palabras.

Veamos. “Algo de legislación, de jurisprudencia.” Pero ¿y el fastidio de mis oyentes?—Los prosistas lo encontrarán árido; los poetas, insulso; bostezarán unos, charlarán otros, y al fin de cuentas habré predicado en desierto, sin perjuicio de que al concluir su lectura caiga sobre esa árida tierra una lluvia de aplausos.

Iba a dar al diablo con la tal composición cuando pensando en lo revuelto que trae los espíritus la situación política actual, se me ocurrió escribir algo sobre política. ¿De política, dije? Debo haberme equivocado. Punto en boca, señores. ¿Quién ha dicho que jóvenes entusiastas que sienten bullir en sus venas sangre generosa i arder en sus pechos la llama del patrio amor; que jóvenes a quienes sus antecedentes, sus ideas, sus aspiraciones llamarán mañana a tomar parte activa i principal en las ardientes luchas de la política, ya sea en la tribuna o en la prensa, ya en el club o en las urnas, puedan comenzar a ensayarse, siquiera para discutir los principios, que no todavía la buena o mala aplicación de ellos? ¿No se levantaría de por ahí alguna de esas voces que arden en celo por la guarda de las reglas, a protestar de que viniera a hablarse de política aquí, donde, según el reglamento, solo debe aspirarse la atmósfera serena i reposada de la prosa, ajena a las pasiones de bando i el aura embalsamada i vaporosa de la poesía sentimental o erótica? ¿Acaso el cultivo de ésta i el perfeccionamiento de aquélla no han de ser con el tiempo armas contundentes, terribles contra el desgobierno? ¿Qué nó? —Pues el reglamento nos dice tácita pero elocuentemente que las batallas de la libertad habrán de decidirse en lo futuro con romances o alejandrinos, con cuentos de brujos o de amoríos o con disertaciones gramaticales o metafísicas.

Pero nó. Las reglas lo que prescriben es la política de especulación: arte mezquino i abominable inventado por la ambición desalmada i descreída para explotar, engañar, adormecer i defraudar a los pueblos; no pueden, nó, proscribir la noble, la elevada, la digna política, la que consiste en dirigir a los gobernados en orden a conseguir su felicidad; ella no puede estar, no debe estar, no está reñida con el espíritu ni con la letra bien entendida de nuestro reglamento.

I habia dicho punto en boca, señores, i en resolución, he hablado de política, aunque... sin decir nada de ella, respetando excrupulosamente las reglas existentes.

¡Oh obediencia! ¡qué virtud tan conveniente eres i cuán léjos estoi de poseerte! Bajo tu influjo bienhechor no habria yo defraudado las esperanzas que de oír tratar algun tema habian concebido mis oyentes; con tu orden suprema, no habria abusado yo de la paciencia de mis indulgentes compañeros!

Setiembre de 1875.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

DIES IRÆ.

¡Oh día de ira i de venganza! ¡Oh día
En que debe universo
Por el fuego de Dios ser abrasado
I en cenizas disperso!

El oráculo santo del Profeta
Real, así lo dijo;
Con misteriosas voces la inspirada
Sibila lo predijo.

¡Oh cuál será el terror de los humanos
Cuando el Juez aparezca,
I sobre toda acción su inevitable
Justicia resplandezca!

Al son de la trompeta horrisonante
Los sepulcros abiertos,
Ante el divino Tribunal, temblando,
Vendrán todos los muertos.

De asombro i de pavor sobrecojida
Serás, naturaleza;
Muerte, tú misma, trémula de espanto,
Bajarás la cabeza,

Al ver del frío polvo levantarse
Tanta víctima tuya,
Al Juez a responder, sin que haya lengua
Que se excuse ni arguya.

Abierto el libro formidable entónces,
En que todo está escrito,
Se hará la cuenta minuciosa i dura
Del justo i del precito.

Cuanto en sus sombras el secreto esconde
A luz será sacado,
I habrá castigo atroz, castigo eterno,
Para todo culpado.

¡Miserable de mí! ¿con qué palabras
Mis culpas numerosas
Escusaré? ¿quién oirá mis ruegos,
Mis quejas angustiosas?

¿A quién suplicaré que ante el airado
Señor por mí interceda,
Si a su mirar fulmíneo ni aun hai justo
Que en pié tenerse pueda?

¡Oh Rei! ¡oh Dios de majestad terrible
A todos aquel día!
¡Dios que salvais los elejidos vuestros,
Tocad el alma mia!

Tiempo es aun de valerme: vuestra inmensa
Misericordia imploro:
¡Piedad! ¡piedad, Señor! ya a vuestras plantas
Arrepentido lloro.

¡Oh Jesus piadosísimo! acordaos
Que bajásteis al mundo
Para hacerme feliz; no en vuestro día
Me mireis iracundo.

A buscarme vinísteis con fatigas,
Tormentos i dolores;
Por mí en la cruz morísteis suspendido
Entre dos malhechores.

I no consentireis perdido sea
De vuestro amor el fruto;
Nó, que la sangre vuestra de mis culpas
Me dejará impoluto.

Pecador me confieso: mi nefando
Proceder me confunde;
Mas, perdonadme ¡oh Dios! i vuestra gracia
Mi espíritu circunde.

¿No sois quien se apiadó de Magdalena,
La grande pecadora?
¿No sois quien de un ladron oyó los ruegos
De la muerte en la hora?

¿No sois vos quien me llama, quien me infunde
La contricion sincera?

¿No sois vos en quien fia este infelice
I hallar salud espera?

Indignas son de vos las quejas mias,
Indigno es ¡ai! mi ruego;
Mas la clemencia vuestra ha de librarme
Del perdurable fuego.

No me pondreis, Señor, entre la turba
De indignos maldecida,
I al diestro lado me dareis asiento
Con la grei escojida.

Separadme, Señor, ¡ah! separadme
De aquel que en vuestro enojo
Arrojareis de vos a ser por siempre
De Satanás despojo!

Llamadme con aquél que vuestro Padre
Bendijo en su clemencia,
Llamadme a disfrutar la que ofrecísteis
Al justo eterna herencia.

De cruel dolor transidas las entrañas
Por mis culpas, Dios mio,
En vuestras manos mi futura suerte
Desde ahora confío.

¡Oh dia! ¡oh dia horrendo en que el esclavo
Del pecado i del vicio
Desde el fríjido polvo del sepulcro
Será llamado a juicio!

¡En que el juez será Dios, a quien del hombre
Ofendió la malicia!
¡En que no habrá perdon, sino inflexible,
Rigurosa justicia!

J. LEON MERA.



A UNA ROSA.

(A MI AMIGO JUVENAL GUZMAN D. P.)

¡Miserable flor para morir nacida!
¿Quién te defiende del fragor del viento,
Cuando enojado contra tí desata
Toda su furia?

¡Tú, que elevabas la purpúrea frente,
Nítida rosa de fragante aroma,
Sobre las flores descollando ufana,
Siempre triunfante!

Hoy a los golpes de aquilón pereces:
¡Mira! ya troncha tu gentil corola!
¡Cómo en el suelo va arrastrando impío
Mústias tus hojas!

Tal en el alma que el amor ajita,
Llena de dulces ilusiones de oro,
Suele apacible murmurar la brisa
De los amores;

Viene en seguida la tormenta oscura
Del desamor, i del olvido el viento
Sopla, arrastrando con siniestro curso
Mil esperanzas!

Santiago, setiembre 23 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRIA.

LEYENDAS DE CALDERON.

DON LOPE DE ALMEIDA. (1)

Bien habemos aplicado
Honor con cuerda esperanza,
Disimulada venganza
A agravio disimulado.

(CALDERON.—*A secreto agravio secreta venganza.*)

I.

Don Lope de Almeida, noble portugues, del tiempo de don Sebastian, se hallaba una tarde en su palacio, disponiéndose a marchar para una expedicion que si no era mui lejana exijia de su parte ostentosos preparativos.

En el extenso patio piafaban los corceles, hiriendo las baldosas con sus herraduras de plata. El potro cordoves que montaba el opulento señor, parecia impaciente por la tardanza de su dueño. Pajes i escuderos vestidos de gala iban i venian en todas direcciones i el mayordomo mayor se desgañitaba dando aquí i allá órdenes para el mejor arreglo de la comitiva. Pacíficas i silenciosas estaban en un rincon varias mulas cargadas de provisiones i mui cerca de ellas algunos dependientes inferiores, encargados de la repostería, conversaban en voz baja sobre el objeto del viaje que iban a emprender.

Todo indica que el señor de la casa debe aparecer pronto, pues ya nada falta para ponerse en marcha.

Efectivamente, don Lope de Almeida, radiante de gozo i saludando a sus servidores con bondadosa sonrisa se presenta en el umbral de la sala de honor.

Dos pajes avanzan para acercarle su corcel favorito i el noble caballero cabalga airosamente, dando al mismo tiempo la señal de la partida.

Pajes i escuderos no tardan en imitarlo i el pavimento resuena con el estrépito de las cabalgaduras i los vivas i gritos de gozo de la comitiva.

Todos están ya listos, cuando hé aquí que un forastero se presenta a la puerta, diciendo le va la vida en hablar pronto con el

(1) Tomada del célebre drama *A secreto agravio secreta venganza*.

dueño de casa. El portero trasmite a don Lope la noticia i el noble caballero, desmontándose al punto, avanza a recibir al huésped que llega en horas tan importunas.

Entre tanto el forastero adelantaba tambien a su encuentro i ámbos se hallan frente a frente en la mitad del patio.

Verse, reconocerse i echarse en brazos uno de otro fué cosa de un momento; pero el recién venido impone silencio a los transportes de don Lope, diciéndole en voz baja:

—¡Por Dios que no me nombres! me importa mucho que tus criados no me conozcan.

—Lo habia comprendido. No temas ninguna indiscrecion. Sígueme.—

I ámbos atravesaron por el ostentoso patio, siendo el forastero objeto de viva curiosidad para los que allí estaban.

El noble portugues, despues de ordenar a su séquito lo aguardase por algunos instantes, condujo al huésped a una de las habitaciones interiores.

Una vez solos i asegurados de que nadie los oia comenzó entre ámbos una franca i amistosa conversacion.

—¿Qué es esto, don Juan de Silva, que te veo llegar a mi casa, pobremente vestido i demandando proteccion cuando podias entrar en ella como dueño?

—Gracias, amigo don Lope, hice bien en acordarme de tí.

—¿I pudieras hacer otra cosa sin ofenderme?

—Es verdad, hemos sido tan amigos!

—Hermanos, dijeras mejor.

—Eres siempre el mismo.

—¿I lo dudabas?

—¡Oh! nó.

—Niños casi, fuimos a la conquista de las Indias; juntos hemos corrido peligros i recojido laureles, i aunque yo dejé hace años a Goa, atraido por el amor a mi suelo natal, nunca he podido olvidar a mi hermano de armas.

—¡Tu hermano de armas es hoy mui desgraciado!

—¿Qué te sucede don Juan? ¿Estás pobre? ¿necesitas acaso mi espada?

—¡La justicia me persigue!

—Aquí estoi yo para ampararte... Pero ¿qué has hecho?

—Vengo huyendo de Goa, donde dí muerte a un hombre.

—¿Te ofendió?

—Atentó al honor de mi dama.

—¡Miserable!

—Osó calumniarla en público.

—¿I tú lo retastes?

—I lo maté.

—¿Es poderoso?

—Como pocos.

—¿Quién es?

—Don Manuel de Sosa.

—¿Aquel noble anciano que hoi es gobernador de Goa?

—Nó, su hijo, mancebo imprudente, que viéndose despreciado por mi amada se olvidó en su despecho de que era un caballero, i Violante, una dama, osando presentarla como una mujer fácil i liviana ante un corro de libertinos.

—Honrada es tu causa.

—No pude oirlo sin temblar de coraje i delante de los que allí estaban le lancé un terrible ¡mentís! Oyólo i desenvainó su acero; yo saqué el mio i veloz como el rayo se lo hundí en el corazon.

—Obraste, don Juan, como bueno, porque todos estamos obligados a defender a una mujer i mucho mas cuando ella ha cautivado nuestro amor.

—El lance se hizo público i fué preciso huir de la saña del gobernador de Goa que a mas de majistrado era el padre del muerto. Acojíme al sagrado de una iglesia de franciscanos i allí estuve tres dias oculto en una bóveda sepulcral.

—¿I cómo escapaste?

—Los buenos relijiosos me facilitaron la huida. Embarquéme de noche en una nave que al amanecer debia hacerse a la vela para Lisboa, a donde acabo de llegar i me encuentro feliz al ver que en mi desgracia puedo contar siempre contigo.

—Pero ¿te persiguen actualmente?

—Hoi nó, pero no tardarán en llegar requisitorias de Goa.

—Para entónces, ya habré hablado al rei.

—¿Privas con él?

—Nuestro jóven i valiente monarca estima en mucho mis cortos méritos, i hoi mismo acaba de darme una prueba de su cariño, haciendo a la que va a ser mi esposa un regalo digno de su real munificencia.—

I abriendo don Lope un armario que estaba en la sala sacó de él un estuche de terciopelo en el que habia magníficas joyas.

Don Juan las miró apénas i abrazando a su amigo, exclamó en tono alegre i cariñoso:

—¡Hola! ¿con qué te casas?

—Cuando tú llegabas partia a recibir a mi desposada.

—¿Vive léjos?

—Pertenece a una de las mas nobles familia de Castilla i debo irla a recibir en los límites de Portugal, donde debe celebrarse nuestro matrimonio.

—¡Dios te haga feliz!

—¿I cómo no serlo? Leonor es bella i virtuosa; ha heredado de sus nobles padres la nobleza i el decoro; viene a ser reina en mi hogar i tiene la seguridad de hallar en mí mas que un esposo un galan que no tendrá en la vida otro gozo que complacerla.

—¿Mucho há que la conoces?

—Una sola vez la he visto.

—¿I la amas?

—Con delirio.

—¿I ella?

—¿Puedes dudarlo?

—Yo tengo del amor otra idea que tú. Siempre he creído que el cariño nace de la confianza, i nunca contraeria lazos eternos con una mujer que ignoro si me ama o nó. Lope, querido amigo mio, acuérdate de que el matrimonio dura toda la vida.

—¿I qué quieres decir!

—Perdona, nada he dicho.

—Nó, habla.

—Soy desgraciado i todo lo veo de color oscuro.

—¿I mi dicha tambien?

—No me hagas caso.

—¿Sabes algo de mi prometida?

—La creo, cuando tú la has elejido, un dechado de perfeccion.

—Pero ¿la conoces?

—Nó, si aun no me has dicho su nombre.

—Es verdad. Leonor es hija del conde de Alvarez.

—El conde de Alvarez es uno de los mas nobles señores de Castilla. Lo conozco i conozco tambien a varias mujeres de su familia.

—¿I qué?

—Todas ellas son dignas i santas esposas, gloria de su hogar i corona de sus maridos.

—Entónces ¿por qué siembras en mi alma la duda?

—Líbreme Dios de abrigar tal intencion.... Pero tú ibas a partir.... no quiero detenerte.

—Tú me acompañarás.

—Me conviene estar oculto hasta que hables con el rei.

—Es cierto.

—No te detengas, feliz desposado. Comprendo tu impaciencia, i me hago cargo que no es el menor de los favores que te debo el de haber gastado tanto tiempo en conversar conmigo.

—Voi a partir, don Juan, porque no me es posible detenerme. Queda en tanto en mi casa, mandando en ella como dueño.

I don Lope, asomándose a una ventana que daba al patio, gritó, dirijiéndose a su mayordomo:

—¡Fortun! Mientras el caballero que acaba de llegar quiera permanecer en esta casa le obedecerás como a mí mismo. El es aquí el dueño, todos, incluso yo, estamos para servirlo.—

Dicho esto, bajó al patio, cabalgó i se alejó del palacio seguido de sus servidores.

No faltó quien notase en su rostro la expresion de un ceño adusto; pero se atribuyó a algun grave compromiso en que acababa de ponerlo el huésped.—Desde la ventana don Juan despidió a su amigo con cariñosos ademanes.

II.

Leonor de Alvarez, la bella prometida de don Lope, acaba de llegar a la raya de Portugal. Síguenla numerosos caballeros de su familia que han querido agregarse al cortejo de la ilustre joven, i tambien don Bernardino de Almeida, anciano septuajenario i tio de su esposo, que en nombre de él ha pasado de Portugal a Castilla para acompañarla con muchos jentiles hombres de su casa.

La comitiva ha hecho alto para descansar de las fatigas del viaje i resguardarse de los ardores del medio dia.

El sitio donde se hallan convida en verdad a detenerse. Un espeso bosque brinda allí su sombra a los cansados viajeros. Por su espeso ramaje el sol no alcanza a penetrar, i al pié de los árboles gigantescos que la forman se estiende una alfombra de yerba menuda, bordada a trechos por silvestres i variadas florecillas.

Por el medio del bosque se desliza un arroyuelo de poca anchura sobre el que se cruzan i entrelazan las ramas de los árboles.

—Descansemos aquí, hermosa Leonor, ha dicho a la novia el venerable don Bernardino. Propio es este sitio para aguardar a tu feliz desposado.

—Teneis razon, señor, respondió Leonor con tristeza; no puede darse un lugar mas ameno.

—¿Os agrada?

—Es de los mas bellos de España.

—Mal dice sin embargo con lo risueño del [paisaje, la melancolía que se pinta en vuestro semblante.

—Aprehensiones vuestras, señor.

—¿I por qué me extrañaria esa tristeza, por lo demas tan natural?

—¿Natural? preguntó Leonor sobresaltada.

—Vais a dejar la patria, i esa separacion no se hace sin lágrimas.

—Si dejo mi patria hallaré otra con la de mi esposo, cuyo valor i nobleza todos pregonan.

—Pero estais triste.

—No preguntéis al corazon el por qué llora, pues a veces se llora de alegría lo mismo que de dolor.

—Queda aquí, bella sobrina, entregada a pensamientos de felicidad, miéntras con estos caballeros recorremos los alrededores. Aun nos sobra tiempo para descansar.—

El anciano caballero se apartó dejando a Leonor con Sirena, jóven sirviente que la acompañaba a Portugal.

Sirena poseia toda la confianza de su ama.

Era de su misma edad i habia nacido en casa del conde de

Alvarez, destinada desde la cuna al servicio de su encantadora ama.

La costumbre de verse a todas horas i sobre todo la lealtad siempre probada de la humilde jóven le habian conquistado el corazon de la rica heredera, que no queriendo desprenderse de sus servicios la llevaba consigo a Portugal.

—Sirena, dijo Leonor al verse sola, ¡qué desgraciada soi!

—Reportaos, señora, i mirad que vuestra tristeza va llamando la atencion de todos.

—A Dios gracias estamos solas.

—No importa.

—Déjame llorar contigo la muerte de mi felicidad. Tú que sabes mi pena, ¿me niegas tambien el alivio de quejarme a solas? ¿Tampoco quieres oirme?

—Inútiles son vuestras quejas.

—Sí, por mi desgracia.

—¿Entonces?

—¿Qué otra cosa le queda al afijido sino el consuelo de llorar?

—Mas ¿por qué desesperaros? Si vuestras lágrimas pudieran volver a la vida al que yace en el sepulcro. . . .

—¡Pobre don Luis! ¡cuánto le amaba!

—Cerrad los ojos al pasado.

—¿Piensas que podré olvidarlo?

—Vuestro deber os lo ordena.

—Sí, voi a ser esposa de un hombre a quien apénas conozco. Mucho ponderan su nobleza i bizarría i entre las compañeras de mi juventud habrá infinitas que envidian mi mentida felicidad. Pero tú que conoces los secretos de mi alma comprenderás hasta donde llega mi desventura. He de finjir amor a un hombre i recibir sus caricias cuando vivo adorando en la memoria de un muerto. El mundo verá la risa en mis labios miéntras la tristeza roerá implacable mi corazon. ¿Qué entiendo ya de dichas ni qué placeres puede dar el mundo a la que tiene sus afectos en la tumba?

—Sois jóven i el olvido todo lo borra.

—¿Podrá olvidar la que ha amado como yo?

—Así se lo han preguntado muchas a sí mismas i sin embargo olvidaron al fin i fueron felices.

—Esas no sabian amar.

—¡Desdichada señora!

—Tú ignoras cómo he contraido mis compromisos con don Lope de Almeida.

—Es verdad.

—La tiranía de mi padre me ha forzado a ello.

—¡Infeliz!

—A otras siquiera se les permite retirarse a un claustro, pero yo solicité en vano esta gracia.

—El señor conde espera sin duda que vuestros nuevos debe-

res i los goces que rodearán en Lisboa a la esposa de don Lope de Almeida disipen al fin la amarga tristeza que os consume, i que el tiempo, que todo lo borra, traiga la paz a vuestro corazon atormentado. ¡Ai! señora mia! es forzoso que os sereneis.

—Sí, tienes razon, que en breves horas llegará don Lope.

—Apelad a vuestro valor i a vuestra virtud.

—Sabré ser digna del nombre que llevo i de los ejemplos que recibí de mi madre.

—La señora condesa era una santa.

—Por última vez hablamos del pasado. Mañana quizás seria un crimen verter una lágrima por mi malogrado amor. Adios, memoria del único hombre que he amado en la tierra, de hoy mas procuraré, plegue a Dios lo consiga! apartar su recuerdo de mi mente i su nombre de mis labios.

—Así queria veros, señora.

—I eso es lo que exige de mí el compromiso que voi a contraer.

—Os mostrais como quien sois.

—Dios al fin de mis dias pesará mis dolores i mis secretos sufrimientos, i entónces, me otorgará en premio la paz i la felicidad que aquí he ambicionado en vano.—

Leonor erguió su cabeza con la resolucion de un mártir. Al acabar de pronunciar estas últimas palabras no quedaba en sus mejillas el rastro de una sola lágrima.

III.

Ama i criada conversaban aun cuando apareció don Bernardino trayendo en sus manos un lujoso anillo.

—Sobrina mia, dijo el anciano, héme hallado en el camino este mercader de joyas. A fé que las trae mui bellas, i he de deberte el obsequio de que admitas, en recuerdo mio, la que mas te agrade. Hé aquí, añadió, un precioso diamante que he comprado para tí.

Leonor cojió el diamante que iba engastado en un anillo de oro; mirólo con indiferencia, pero al poner los ojos en él palideció horriblemente, teniendo que apoyarse en Sirena para no caer en tierra.

—¡Cielos! ¡qué es lo que estoi mirando! exclamó Leonor.

—¿Te agrada sobrina?

—Bello diamante, respondió Leonor mas repuesta.

—¡Hola, mercader! acercaos, gritó don Bernardino.—

No tardó en presentarse a los ojos de Leonor un jóven de arrogante apostura, que traia bajo del brazo una caja pequeña.

Vestia el traje de mercader. Su aspecto era melancólico i su andar lento i pausado.

—¡Dios mio! alcanzó a decir Leonor.

—Disimulad, señora, murmuró por lo bajo Sirena, apretándole enérgicamente la mano.

—Yo, dijo el recién llegado clavando en Leonor una mirada profunda, soy un mercader que hace años deseo vender una joya, i veo llegada la hora de deshacerme de ella. Entre mil otras traigo un Cupido de diamantes, porque como dicen que amor es todo mudanzas, hice fabricar uno del material mas firme. Traigo un corazon, en el que no hai una sola piedra falsa. Traia una bella esmeralda i esa me la hurtaron.... Si gustais, señora, os mostraré ese amor tan firme, ese amor de diamante, que sin duda no habreis visto otro igual.

—Discreto es el mercader, i que bien pondera sus joyas, observó don Bernardino.

—Aunque vuestras joyas sean como las ponderais, respondió Leonor, siento deciros que habeis llegado en mala ocasion para mostrármelas. Llegarais ántes, añadió suspirando, i os las comprara todas; pero habeis venido tarde, i no me estaria bien el entretenerme con vuestras alhajas, cuando en pocos momentos mas mi esposo llegará. Guardad, pues, vuestras prendas, porque si me las mostrais i pongo poca atencion en ellas, direis que las desprecio. Idos, mercader, i no me culpeis de esquiva, culpaos a vos mismo de no haber llegado a tiempo.—

Habia en el acento de Leonor una mezcla de dignidad i de tristeza, que impresionó profundamente al mercader.

—Señora, dijo Sirena, interrumpiendo la conversacion: se siente ruido de caballos; parece que llega tu esposo.

—Aguárdalo aquí sobrina, respondió el anciano Almeida; yo avanzaré a recibirlo.

I el caballero partió dejando a las dos mujeres con el mercader.

—¿Qué me dices ahora? preguntó el vendedor de joyas, ¿cómo piensas excusar tu mudanza?

—Don Luis, respondió Leonor desesperada, te creia muerto, te lloré, i obligada por mi padre, acepté por esposo a un noble caballero. Ahora, huye de mí.

—¡Me engañas!

—No te engaño, i a no estar casada por poder en este momento te seguiria. ¡Has llegado tarde para nuestra comun desventura!—

Llegaba en esto don Lope seguido de su comitiva, recibiendo al paso las felicitaciones que le dirijian los acompañantes de Leonor.

Esta i el mercader suspendieron su plática.

Escusamos referir el encuentro de los novios i las discretas galanterías que el noble portugués dirigió a la gallarda castellana. Leonor se despidió de los suyos, i despues de dirijir al mercader su adios por medio de una elocuente mirada, siguió a don Lope i don Bernardino por el sendero de Portugal.

Al poco rato partian tambien los castellanos.

Solo quedaba en aquel sitio el mercader de diamantes.

—¡Ira de Dios! exclamó al verse solo. ¡Maldito el hombre que llevó a Leonor la nueva de mi muerte! Ella me ama i será mia. La seguiré donde quiera que vaya, seré su sombra i he de amarla aunque en ello me vaya la vida. ¿Cómo dejarla si bien conozco que no me ha olvidado? Huyendo de ella moriria de desesperacion; siguiéndola ¡quién sabe si no moriré de placer! ¡Sigámosla!

IV.

Difícil por demas era la situacion de Leonor, infeliz hermosura destinada a sufrir al influjo de una suerte implacable. Al despedirse de los límites castellanos habia vertido la última lágrima por el amante que creia muerto en las guerras de Flandes, i ántes de estrechar en sus brazos al esposo que sus padres le destinaban, hé aquí que el que habia conquistado su cariño i era dueño de su alma, se le aparecia de repente vivo, reprochándole un olvido e ingratitud que ella estaba tan léjos de sentir.

Nadie sino Sirena podia leer lo que pasaba en su alma, i la fiel doncella, que amaba a su ama con idolatría, no la dijo una sola palabra en todo el camino, temerosa de aumentar un dolor tanto mas intenso, cuanto que ni aun permitia el alivio de la esperanza.

Los primeros dias de su llegada a Lisboa, Leonor parecia la mujer mas feliz de la tierra. La opulenta familia que la habia recibido en su seno, se esmeró hasta no mas en rodearla de atenciones i festejos. Cada dia su esposo o sus nuevos deudos la preparaban una sorpresa. Ya la obsequiaban con brillantes saraos u ostentosos festines; ya la invitaban a cruzar las aguas del caudaloso Tajo en lijeras barquillas, acompañadas de músicas cuyas canciones persuadian al olvido de las penas; ya, en fin, se la llevaba a partidas de caza o a paseos de campo, donde se la representaba alguna égloga de Garcilaso en su lengua nativa, o alguno de los discretos diálogos del poeta nacional Gil Vicente, tan en boga entónces en Portugal como los de Juan de la Encina lo estaban en España pocos años ántes.

Leonor aceptaba estos obsequios con modesta gratitud, i cada nueva atencion de que era objeto la empeñaba mas a guardar a su noble esposo el respeto i fidelidad que se merecia. Por lo que hace a su amor, quizas el tiempo, que cura como ningun otro remedio las heridas del alma, haria brotar en la suya ese dulce sentimiento que al presente no hacia palpitar su corazon.

¡Pobre jóven! en el tumulto de los placeres que la rodeaban, hallaba únicamente el aturdimiento. ¡El olvido estaba mui léjos de ella!

Ocho dias haria que estaba Leonor en Lisboa, cuando se pre-

sentó en esta opulenta corte un jóven capitan español que desde luego llamó la atención de las damas portuguesas.

Venia, segun se dijo entónces, de las guerras de Flándes, donde habia ganado no poca fama i pertenecia a una nobilísima familia de Toledo, i llevaba el nombre de don Luis de Benavides.

Merced a las recomendaciones de que el hidalgo español estaba provisto, logró desde el primer momento introducirse en los círculos aristocráticos de la corte i aun ser presentado en el palacio del rei don Sebastian, a quien ofreció su espada para servirlo en la expedicion que este romántico monarca proyectaba contra los moros africanos.

Don Luis de Benavides amaba a Leonor con delirio, i ménos escrupuloso que ella en materia de deber, habia juzgado que aun podria sonreirles a ámbos la felicidad.

Desde el momento de su llegada trató de ponerse al habla con su antigua amante, pero habia tocado con un imposible. Leonor huia de él a todo trance. Buscó entónces a Sirena, pero la doncella rechazó sus ofertas diciéndole que por nada en el mundo seria ella quien turbase la tranquilidad de su jóven ama.

El mancebo estaba desesperado, i como amaba tanto i era de un carácter poco prudente, dióse a rondar con demasiada insistencia el palacio de don Lope de Almeida.

No contento con esto, ganóse ademas a una de las camaristas de Leonor para que le llevase cartas suyas; i Leonor, sin saber cómo, se hallaba con ellas al abrir un mueble, al buscar una joya o al levantar un objeto que veia caido en su estancia.

Imposible es decir lo que la pobre niña sufría cada vez que una mano traidora la ponía delante una de esas cartas cuyo contenido nunca conoció, pues las quemaba sin abrirlas, temerosa de aspirar el veneno que sin duda encerraban.

Todo su amor pertenecia a don Luis, el deber la ordenaba amar a don Lope, i la suya era de aquellas almas que no transijen con su conciencia.

Su situacion era, pues, terrible; i lo peor del caso era que Leonor habia notado que don Juan de Silva, el noble amigo de su esposo, comenzaba a parar mientes en la asiduidad con que el castellano rondaba el palacio.

Para colmo de desgracias, don Lope se mostraba receloso i sombrío; ¡quién sabe si ya no comenzaba a sospechar algo!

Los portugueses han sido famosos en todas épocas por la intensidad de sus celos i de sus amores. Do quiera ven sombras; en el seno de la paz andan buscando afanosos la mano que puede robarles su honra o verter el veneno en la copa de su felicidad.

Leonor veia triste a su esposo sin que hubiera para ello una causa aparente; veia a don Juan sombrío i cejijunto dirijirla a veces miradas recelosas; i ella, pobre extranjera en una corte donde los castellanos eran jeneralmente mal mirados, se hallaba sola, sin apoyo ni consejo.

¿Qué hacer en tal situación? ¿Cómo impedir que las imprudencias de don Luis trajeran en pos resultados sangrientos i lastimosos? Leonor, en verdad, no sabia qué resolver, i buscando el mejor partido, elijió talvez el ménos acertado.

La única persona en quien podia fiarse era Sirena. Conocíala demasiado para saber que podia contar con ella hasta el último trance, i resolvió poner en sus manos su honra i su porvenir.

—Sirena, dijo la jóven a la fiel castellana: sabrás que don Luis está aquí.

—Sí, por desgracia, señora, respondió la sirviente.

—¿I qué piensas de su tenacidad en rondar mi calle i en seguirme a donde quiera que voi?

—Hace dias que vivo temblando de que vuestro esposo se instruya de lo que pasa i preguntando aquí i allá llegue a saber las relaciones que os unen a don Luis.

—Pues bien, Sirena, es fuerza que esto acabe.

—Lo mismo le he dicho yo a él.

—¿Lo has visto? preguntó Leonor con inquietud.

—Mas de una vez.

—Pues es necesario que lo busques para darle un recado mio.

—¿Seriais tan imprudente?

—Talvez me juzgas mal, querida Sirena, pensando que quiero renovar pasadas ilusiones.

—¡Líbreme Dios de ello!

—Lo que quiero, Sirena, es que Benavides vuelva a Castilla.

—¿I cómo conseguirlo?

—Sirena, don Luis es caballero i está obligado a acceder a los ruegos de una dama.

—Es amante tambien.

—Sí, es mi amante para nuestra comun desgracia; pero el ser amante no le dispensa de las obligaciones que un caballero debe a una mujer que lo implora. Búscalo i dile que con lágrimas le ruego que se ausente; que mire que nuestros amores son imposibles, porque yo nunca he de faltar a los santos deberes que en hora infeliz me impuse. Dile que Portugal no es Castilla, que la doncella que amó en su patria es hoy esposa de don Lope de Almeida. Le dirás que en esta casa se sospecha de mí i que sin lograr mi amor va a hacerme mas infeliz de lo que soi; que estoi sola i sin proteccion, rodeada de asechanzas a todas horas, i que no es noble ni digno que él, que dice amarme tanto, me precipite en un abismo, donde lo ménos que podria hallar seria la muerte. Todo esto le dirás, Sirena; mas lo que nunca le dirás, serán las lágrimas que vierto a su memoria i que solo cesarán de correr con el último aliento de mi vida.

—Tranquilizaos, señora.

—No estaré tranquila mientras don Luis no haya dejado a Lisboa.

—Voi a verlo.

—Sí; vé, i piensa que te confío mi última esperanza.

—Tales cosas le diré que, don Luis es un villano o habrá de dejaros libre.

—No pierdas tiempo porque mi situacion es insostenible.—

Sirena salió dejando a su ama dominada por la angustia mas dolorosa.

V.

Una hora despues don Lope de Almeida volvia del palacio real con don Juan de Silva, cuyo perdon habia alcanzado en su primera entrevista con el soberano.

Ambos conversaban con calor sobre los planes del monarca, que tenian conmovido a todo el pueblo. Se trataba nada ménos que de la partida del rei don Sebastian al Africa a lidiar con los moros, expedicion que los gobiernos católicos de toda Europa consideraban como funesta para la cristiandad.

El monarca queria partir a toda costa. No habia nadie capaz de detenerlo i los bajeles surtos en Lisboa aguardaban el embarque del florido i bizarro ejército que el capricho del soberano llevaba a morir en los áridos i desiertos arenales de la antigua Libia.

El pueblo portugues, impresionable por demas, i avezado a los triunfos en las expediciones de la India, no temia por los resultados de una guerra que debia ser fatal a la nacion i al rei que la promovia. No habia hidalgo de valor que no se ofreciera a acompañar en la empresa al soñador monarca; aun los mismos que reprobaban la expedicion eran los primeros en aprestarse para ella.

Don Lope, recién casado i hasta no mas enamorado de su esposa, acababa de ofrecer su espada al rei, pero el jeneroso monarca se habia negado a aceptarla, diciéndole que el que apénas gozaba las dulzuras del amor no debia exponerse a los azares de una guerra de la que acaso bien podia no volver.

De esto conversaban don Lope i don Juan, insistiendo el último en que él debia partir, quedando su amigo en su palacio de Lisboa.

Discutiendo esta cuestion llegaron ámbos caballeros a la habitacion de Leonor.

—Hermosa estais ¡vive Dios! dijo al entrar el enamorado don Lope, besando la mano de su esposa.

—¡Cómo, señor! respondió ésta; poco me amais cuando pasais todo el dia sin verme. Mucho demorais en palacio, mucho os ocupan los negocios del Estado i mui poco el amor, que vive quejoso de vos.

—Se conoce que sois castellana, dijo don Lope, cuando gastais tantas palabras para expresar vuestros afectos.

—¿I cómo es vuestro amor? ¿cómo se expresa?

—Siento mucho i hablo poco. Mi amor es mudo, señora.

—¡Ah! yo habia creido siempre que el amor tenia su lenguaje para expresarse, que la palabra del sér amado llevaba la felicidad a otro sér que vivia en él i solo para él; ¿me habré engañado, señor?

—Vosotros los castellanos os dejais llevar de la imajinacion; los portugueses somos todo sentimiento, bellísima Leonor. Cuando vosotras hablais, callamos; cuando os dejais llevar de la alegría, nosotros estamos tristes, señora.

—¡Vos triste, don Lope! ¡Sufris! ¡i no estoi con vos para aliviar vuestras penas! me amais mui poco.

—¿I cómo no sufrir? respondió tristemente don Lope. Hai hombres que se deben a su fama i yo nací para ser guerrero, como todos mis nobles ascendientes. Hoi que todo Portugal quiere acompañar a su rei en la guerra que va a emprender contra los moros ¿he de ser el único que sordo a los gritos del honor deje enmohecer su espada en el retiro del hogar? ¿Hé de ser el único que no se cubra de gloria, el único que permanezca ocioso miéntras tantos nobles hidalgos ofrecen a la patria su sangre i su vida? ¿No es verdad, Lonor, que esto es bantante para entristecerme?

—¿I vais a dejarme, señor?

—Será esto un nuevo favor que os deba.

—¡Oh! ¡cuánto me pedis!

—¿Me lo negariais?

—No, señor. Id donde os llama la honra que no seré yo quien os detenga en ese camino. Harto lo sé, demasiado va a costarme esta ausencia, pero mas os quiero muerto que sin honra.

Leonor dejó la habitacion enjugándose los ojos. Aunque no amaba a don Lope sabia estimarlo i sentia dolorosamente su inesperada partida.

—¿Qué os parece, don Juan? preguntó Almeida a su amigo.

—¡Admirable mujer! respondió don Juan; parece una romana.—

Obtenido el consentimiento de Leonor, Almeida i su amigo se dirijieron al palacio de don Sebastian.

VI.

Lo restante del dia fué bien triste para la infeliz castellana, a quien sobran los motivos para vivir en continua angustia i sobresalto.

La partida de don Lope envolvia nuevos peligros, pues iba evidentemente a dar alas a su antiguo amante, cuyas imprudencias le costaban ya demasiadas lágrimas. Si don Luis la rondaba i perseguia de esa manera estando presente su esposo ¿qué no haria en su ausencia?

Bien conocia Leonor que el castellano no cederia fácilmente apesar del obstinado silencio con que habia respondido a sus cartas i del empeño que desde un principio habia puesto en no oírle ni verle. Hartas pruebas tenia de su carácter impetuoso para abrigar a este respecto ninguna esperanza. El único medio que podia producir algun resultado era la apelacion que por medio de Sirena acababa de hacer a su honra de caballero. Si con esto no se conseguia nada, Leonor debia darse por perdida.

Mucho tardó Sirena en volver, i cada instante que pasaba era un nuevo tormento para la infeliz señora. Al fin la vió entrar en su estancia i corriendo hácia ella con los brazos abiertos le preguntó con voz trémula i ansiosa:

—¿Qué hai Sirena? ¿Le viste?

—Sí, señora.

—¿I consiente en partir?

—Esta carta os lo dirá mejor que yo.—

Leonor cojió la carta i la leyó toda, dejando correr sus lágrimas sobre el papel.

—¿Llorais? preguntó la sirviente.

—Déjame llorar, respondió la jóven; déjame llorar pasadas glorias i esperanzas desechas, pero ¡por Dios, Sirena, este hombre no tiene piedad de mí!

—¿I qué pensais hacer?

—Promete ausentarse despues de haber tenido conmigo una entrevista.

—¿Se la concedereis?

—No es posible.

—Entónces no partirá.

—Es preciso que lo veas, que lo ruegues de nuevo; que se lo pidas, si es necesario, de rodillas.

—¡Inútil súplica!

—Por Dios, Sirena, que me estás matando. ¿Con qué no hai esperanza para mí i solo he de hallar la paz en el reposo de la tumba?

—¿I qué puedo deciros, señora mia, cuando él se niega a oírme i solo quiere recibir de vuestros labios la despedida?

—¿Entónces tú crees....

—Que debeis verlo.

—Soi honrada, Sirena, i lo que me propones no está bien.

—Es el único medio de lograr que don Luis deje a Lisboa.

—¡Dios mio! ¡qué desgraciada nací!

—No hai otro modo de salvaros i de salvarlo.—

Leonor dejó caer la frente sobre el pecho i en esta postura permaneció largo rato, vertiendo un torrente de abrasadoras lágrimas.

—¡Cúmplase mi suerte, Sirena! exclamó al fin con dolorosa resignacion. Busca a don Luis e introdúcelo secretamente en mi es-

tancia, despues de anochecer. A esa hora no está nunca en casa mi marido i podemos vernos con ménos peligro.

—Gracias a Dios que os decidis.

—¡Quién sabe si esta resolucion no es la sentencia de mi muerte!

—Es el principio de vuestra libertad.

—Dí a don Luis que si me decido a verlo es solo porque confío en su honra de hidalgo i que no vea en esta cita ni siquiera la sombra de un favor, pues solo hai en ella una concesion hecha a las circunstancias apuradísimas en que me hallo.—

Al verse sola, Leonor cayó ante un Cristo de marfil que decoraba su estancia i juró por su fé de cristiano no consentir ni en pensamiento en nada que pudiese desdorar a honra de su esposo.

VII.

Como hemos visto, Leonor de Alvarez era uno de esos tipos de virtud que no transijen en materias de deber i delicadeza. Esposa infeliz de un hombre a quien no amaba, pero cuyas virtudes le infundian una respetuosa admiracion estaba resuelta a morir ántes que echar una sola gota de lodo sobre su nombre.

En esta resolucion la hallaron las sombras de la noche i con ellas don Luis, que, introducido sigilosamente por Sirena, penetró a pasos quedos en la lujosa habitacion donde era aguardado.

—¿Era así como debiamos vernos, bella Leonor? habló el castellano con acento triste i conmovido.

—Don Luis, respondió Leonor, queris verme i aquí me tienes. Dí presto lo que te trae a buscarme, que no es digno de tí ponerme en peligro por mucho tiempo.

—¿Qué he decirte, cuando al pensar en nuestro feliz pasado siento que estalla mi corazon i no sé por donde comenzar?

—¡Don Luis! interrumpió Leonor con voz entre tierna i severa.

—Leonor ¿qué haz hecho de la fé que me juraste?

—¿Por ventura fuí yo quien la quebrató?

—Al volver de Flándes a Toledo, mi primer cuidado fué buscarle i supe que marchábais ya a Portugal al encuentro de don Lope. ¿Puedo o no acusarte?

—Te creia muerto.

—Sí, por mi mal; así se dijo en Flándes; mas el muerto no era yo, sino un valiente oficial que llevaba el mismo nombre. ¡Una mentira halla siempre tanto crédito!

—¡Ai! yo la creí i os lloré, don Luis porque mi corazon te amaba. Pero ¿a qué decirte lo que entonces padecí? Quédese eso en el pasado entre los recuerdos de tantos dolores como han combatido mi vida.... Despues, ya oyes: persuaciones de unos, mandatos de otros; amenazas i súplicas, cuanto se puede

hacer para vencer a una pobre doncella, me obligaron admitir la mano de don Lope; i cuando nos hallamos en la raya de Portugal, ya estaba casada por poder.

— ¡Yo que corria como un loco para impedir con mi presencia ese infausto himeneo.

— Llegáras a tiempo i fuera tuya. Hoi es tarde para revivir la memoria de pasados gustos que ya no han de volver.

— ¿Jamás?

— Jamás, don Luis. En los límites de Castilla te desengañé para siempre; ¿qué quieres, pues, ahora?

— ¡Señora, por Dios! exclamó Sirena entrando sobresaltada.

— ¿Qué hai? preguntaron Leonor i don Luis.

— ¿No sentís pasos en la escalera?

— ¿Por dónde salir? preguntó el caballero temblando mas por Leonor que por sí.

— Quedaos aquí, dijo Sirena; i vos, señora, salid por esa otra puerta.

Don Luis quedó solo en el aposento, mientras Leonor seguia a su doncella, que por una puerta secreta la conducia al interior de la casa.

Los pasos que se habian oido eran los de don Juan de Silva, que, habiendo vuelto a esa hora a la casa, se habia maravillado de no encontrar una sola luz encendida; i como vivia alerta, velando por el honor de su amigo, se sintió en el primer momento receloso de las tinieblas que le rodeaban.

El hidalgo entró resueltamente en el aposento de Leonor, donde habia sentido cierto movimiento sospechoso i aun ruido de voces, que lo confirmaron en sus recelos; i así, a oscuras como estaba, su espada se cruzó con la de don Luis.

— ¡Ira de Dios! exclamó el hidalgo, ¡puede escapárseme! i retrocediendo cerró tras sí la puerta con estrépito; i una vez en el pasadizo, que por mediodividia aquella parte del palacio, dió voces pidiendo luz.

En esos momentos apareció Leonor, haciendo la desecha.

— ¡Luces! gritó también la esposa de Almeida, a quien Sirena acababa de instruir sobrada manera cómo debia comportarse en tan apurado trance.

— ¡Luces! volvió a gritar Leonor.

Pero ántes que pudieser obedecida por la intelijente Sirena, se sintió de nuevo ruido de espadas. Don Juan lidiaba en el pasadizo con otro hombre que salia del interior.

— ¡De esta vez no os escapareis, quien quiera que seais! exclamó el honrado hidalgo.

— ¡Don Juan! respondió la voz del otro que lidiaba, i al oír este acento la espada de don Silva volvió a su vaina.

— ¿Cómo es esto? ¿vosquí, don Lope?

— ¡I vos con el acero desnudo contra mí, amigo don Juan?

— Buscaba a un hombre que anda por aquí oculto.

—¡Já! ¡já! exclamó con risa sardónica don Lope; mal buscador sois, pues ese hombre era yo!

—¡Cómo! ¿vos?

—Sí, yo.

—¿I cómo no respondísteis a mis preguntas?

—No os conocí en la oscuridad, i ¡vive Dios! que me admiré de ver que otro hombre me pedia cuentas de lo que hacia en mi propia casa.

—Os repito ¡Vaya! ¡es mui extraño lo que pasa!

—Dejemos, don Juan, la cosa; retiraos, i ya que tanto porfiais, yo registraré mi casa para que nadie quede con temor.

—¡Solo, señor! balbució Leonor interponiéndose entre su esposo i la puerta del aposento donde estaba encerrado don Luis.

—Retiraos adentro, señora, respondió don Lope; i vos, don Juan de Silva, cuidad de que este fantasma no se os escape por esta puerta.

I diciendo esto, el noble portugués tomó una vela que traia Sirena i penetró con la espada desnuda en el aposento de su mujer, cuya puerta cerró detras de sí.

Por la parte de adentro esperaba a don Lope un caballero embozado hasta las cejas i pronto a vender cara su vida, segun lo indicaba su apostura i el acero que empuñaba su diestra.

—No os encubrais, dijo al entrar el de Almeida.

—Detened, señor, la espada, contestó el embozado; i aunque las apariencias me condenen, no me juzgueis sin oirme.

—El lugar en que os hallo pero ¿quién sois?

—Soy un noble de Castilla i mi nombre es don Luis de Benavides. Un lance amoroso de que resultó un duelo, en que dí muerte a mi enemigo, me hizo dejar mi patria i hace tiempo estoi en Lisboa, donde he ofrecido mi espada a vuestro noble i heróico rei. Don Sebastian me ama i me protege, i he vivido tranquilo hasta hoi, en que tres hombres, sin duda pagados por la familia del muerto, me han atacado a las puertas de vuestro palacio.

—¿I os refugiásteis en él? preguntó Almeida con ironía.

—Sí tal; i en la oscuridad que reinaba pude hallar este aposento, que me ha servido de sagrado. Esta es mi historia, jeneroso don Lope. Ahora, disponed de mí.—

El portugués escuchó toda esta relacion sin que se contrajese un solo músculo de su frente. Nadie al verlo habria creido que su corazon estaba hecho un volcan i que callaba en ese instante para realizar mas tarde una venganza terrible i sombría. Tal era su serenidad, que don Luis se creyó salvo; i mucho mas se afirmó en esta idea cuando don Lope tomó la palabra para responderle.

—Valiente castellano, dijo el esposo de Leonor: conocia vuestro nombre aunque ignoraba del todo vuestras desgracias. Huélgome en el alma de que mi casa os haya servido de refugio para

libraros de una indigna traicion; i a ser soltero, os albergaria en ella miéntras quisiéseis honrarme. Pero, ya que esto no me es dado, disponed como querais de mi espada i mi fortuna. Ahora es fuerza, añadió, que salgais de aquí; i como pueden estar aguardándoos vuestros enemigos a la entrada de mi palacio, os sacaré sin que nadie os vea por una puerta que da a una callejuela solitaria, donde, a no ser mui prevenidos los que os persiguen, estoi seguro que nadie os esperará.

—¿No pensareis mal de mí por haberme hallado en este aposento?

—¿I qué puedo pensar de vos? Con dos fines puede un hombre introducirse en una casa honrada; para robar el dinero o para robar la honra. Sois noble i sé que no vendriais en pos de mis riquezas, i si llegara a pensar que veniais a manchar mi nombre ¡qué digo a pensar! si llegara siquiera a imaginar que álguien atentara contra mí honor, ése no tendria vida que no le quitara; perseguiria su alma hasta en el otro mundo; porque caballero, pero ¿qué estoi diciendo? Salid señor, i seguidme; que con vos no reza nada de lo dicho.—

Aqui concluyó don Lope i tomando el candelero que miéntras hablaba habia dejado sobre una mesa, abrió la puerta secreta por donde ha poco habia salido Leonor e hizo señas a don Luis de que lo siguiera.

Luego que hubo dejado al castellano en el sitio donde le habia prometido, volvió a buscar a su esposa.

Estaba tan sereno como si nada hubiese pasado.

—Señor, balbuceó la jóven; supongo que ni por un instante me habreis creido culpada en este desagradable lance.

—¿Cómo podria imaginar nada contra vos quien os ama como yo?

—Temí que en un arrebató inconsiderado

—Callad, Leonor, ¿a qué esas disculpas ociosas? no os basta ser mi esposa para que nada malo se me ocurra de vos? Era un pobre hidalgo que huia de unos asesinos que lo esperaban para matarle; se ha fiado de nosotros i era preciso favorecerlo. Esto es todo. Cuidado, añadió el portugues; cuidado Sirena, que ni el mismo don Juan sepa lo que acaba de pasar.

A poco rato don Juan volvia todo confuso. Habia rejistrado la casa sin hallar al presunto escondido. Sin embargo no le quedaba duda que no era el de Almeida el individuo que poco ántes estaba en el cuarto de Leonor.

VIII.

Aquella misma noche recibió don Lope una nueva que le causó grandísimo pesar. Su noble tio don Bernardino de Almeida, el amable anciano que habia conducido a Leonor de España a

Portugal, habia caido repentinamente enfermo i sus deberes de pariente i agradecido lo llamaban a asistirlo en su última hora. Tan súbito fué el accidente, que cuando don Lope llegó a la casa, el viejo caballero era ya un cadáver.

Las dilijencias del entierro con sus complicadas ceremonias entretuvieron a don Lope tres largos dias durante los cuales pudo disfrazar con el dolor que le causaba el pérdida de un deudo tan venerado el sombrío resentimiento que ajitaba su alma.

Su rostro contraido no revelaba a Leonor nada funesto; Sirena comenzaba a reir del susto pasado; solo don Juan no esta tranquilo. Don Juan conocia demasiado a su amigo, sabia leer en su corazon i temia mucho el estallido terrible de los celos.

Pero pasó una semana i nada acontecia de notable en el palacio. Don Juan veia a Almeida mas galan i afectuoso que nunca con su esposa, i esto lo espantaba mas, aunque ya por motivos mui diversos.

Para don Juan, si su amigo no habia sido ya herido en su honra, si su mujer no lo engañaba vendiendo vilmente su amor al desconocido de pocas noches ántes, esto no tardaria en suceder. Llegado este evento ¿que le tocaba hacer a él, amigo i favorecido del ultrajado esposo? ¿Podia tolerar impasible su afrenta? ¿Podia vengarlo? ¿Pero la venganza tomada por la mano suya borraría la mancha que recaia sobre su amigo? Nó; para que don Lope quedara con honra era preciso que el mismo hundiera su espada en el pecho de su ofensor, de otro modo este podria citarlo en los corros de las murmuradores como el tipo indigno de un marido paciente. . . . ¡I don Lope no daba un paso en el camino de la venganza! ¡I persistia aun en prodigar a su esposa las muestras del afecto mas fino! Esto era inconcebible. Sin duda el hidalgo creia inocente a Leonor i este engaño no debia existir.

Mucho cavilaba don Juan sin salir del laberinto de sus pensamientos, llegando al fin a convencerse de que Almeida obraba de esa manera porque ignoraba del todo su situacion.

Dado este caso, surjia una cuestion espinosísima para el puntoso hidalgo ¿deberia o no decirle lo que pensaba?

Sus ideas sobre el honor i la gratitud le decian que sí; pero, por otra parte no se le ocurría el medio de revelar a don Lope que existía un hombre que lo creia deshonorado. Si tal le decia el hidalgo lo tomaria a ofensa; si se resolvía a callar, su conciencia le haria un eterno reproche.

Tales eran las ideas de aquel siglo. La venganza por la honra estaba erijida en una segunda relijion, en cuyos altares debian inmolarsé víctimas sangrientas. Poco importaba que el cristianismo condenase estos principios i que las leyes castigasen severamente a los duelistas. El ofendido debia vengarse; de lo contrario, su nombre quedaba manchado para siempre.

Despues de mucho pensarlo, don Juan llegó a hallar un modo

de salir del paso sin ofender la puntillosa susceptibilidad de su amigo. Vamos a ver cómo se portó en tan difícil lance.

IX.

Al día siguiente debía darse al mar la grande armada que conducía al Africa el florido ejército que llevó don Sebastian a perecer a manos del moro. Desde la mañana se notaba en todo Lisboa un movimiento inusitado. Las tropas estaban embarcadas ya, pero era incalculable el jentío que desde ántes del alba se ocupaba en trasportar a bordo provisiones i equipajes, magníficos caballos de guerra, armas relucientes i mil otras preseas con que los orgullosos portugueses pensaban engalanarse el día del triunfo.

No habia casa noble que no enviase a aquella funesta expedicion algunos de sus miembros mas queridos. Todo era confusion i órdenes dadas acá i allá, para los últimos arreglos. Familias hubo que se arruinaron para equipar a su primojénito que marchaba a servir al rei en la jornada. Nadie pensaba ni remotamente en un funesto revés. Nó, la guerra de Africa no seria sino un paseo triunfal, en que las armas del rei fidelísimo conquistarian nuevos i preciados laureles. La locura caballeresca de don Sebastian habia invadido a todos sus vasallos.

Don Lope de Almeida iba a partir tambien i habia anunciado a su esposa su irrevocable resolucion de acompañar al monarca.

Leonor mostraba un verdadero sentimiento, porque apreciaba a su esposo en mucho i necesitaba de su apoyo en las difíciles circunstancias que la rodeaban.

Pero el marido se habia manifestado inflexible i no era fácil ponerle objeciones.

Si Leonor sentia esta tenacidad, don Juan se desesperaba con ella, no pudiendo ver sin profundo disgusto los preparativos ostentosos que se hacian para la marcha.

—¿Cómo se marcha este hombre decia; será posible que esté tan ignorante de lo que pasa a su alrededor? ¿Será inevitable, pues, que le abra los ojos?

X.

—Preocupado os veo, don Juan, dijo aquel día Almeida a su amigo, cuyo ceño lo traía inquieto.

—¿Estamos solos? preguntó éste mirando a todos lados.

—Sí, amigo mio; pero ¿a qué estas precauciones? Sin duda vais a decirme algo grave.

—Efectivamente; tengo que consultaros un caso de honor.

—¡Un caso de honor! repitió Almeida palideciendo súbitamente.

—Un amigo me ha consultado sobre él i quiero saber cómo pensais, para darle una respuesta acertada.

—¿I qué es ello?

—Un lance ocurrido en estos dias, una de esas disputas de juego que provocan mil veces resultados sangrientos. Eran dos hidalgos que se indispusieron de repente formando una acalorada gresca en la que apénas se oian las voces del uno i del otro. En medio de su exaltacion, uno de ellos lanzó al otro un ¡mientes! que su rival no alcanzó a oir. Alguien dice, sin embargo, que lo oyó i un amigo del ofendido que se interesa por su honra, me pregunta ahora si deberá o no revelarle lo que su contrario le dijo i lo que se murmura de él en la ciudad. ¿Qué debo responder a esta duda? porque el que me consulta añade que, callando, padecerá la honra de su amigo, i, si se lo dice, el otro talvez lo tomará a ofensa. Vois que sois un espejo de lealtad i de honor ¿cómo resolveriais esta cuestion?

Don Lope comprendió al punto la astucia honrada de don Juan, viendo con dolor que su desgracia no era un secreto i que el mejor amigo que tenia en la corte calificaba desfavorablemente su reserva. ¿Su aparente calma que no era sino una máscara para mejor preparar la venganza, habia durado quizás demasiado tiempo? Trabajo le costó dominarse, pero consiguiólo al fin, i despues de meditar un poco, decidió de este modo el difícil caso de honra que se le proponia.

—Don Juan de Silva, respondió Almeida: el caso es epinoso pero podeis con toda seguridad responder a vuestro amigo que es imposible que un hombre esté injuriado e ignore al propio tiempo su ofensa. Si calla por cobarde, justa es su deshonor, i si guarda sus golpes para lanzarlos mas tarde con mano mas certera, no es justo impulsarlo hoi por donde no debe.

Yo, de mí, puedo deciros: que si un amigo cualquiera, que si vos mismo, don Juan, que sois como mi hermano, vinierais a hacerme una adverteneia de esa clase, no acabariais de hablar, porque os mataria en el acto.

I sin aguardar respuesta, el celoso hidalgo volvió la espalda dejando a su amigo solo en el aposento.

Desde este instante, don Juan de Silva no abrigó duda alguna de que la honra de Almeida se lavaria en un mar de sangre.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

MUERE DE AMOR.

(A FRANCISCO CONCHA CASTILLO.)

Bebiendo aromas iba Inocencia,
Buscando amores de flor en flor;
—¿Cómo te llamas, de qué naciste?
Dijo a una blanca que acaso halló.

—Nací de la sonrisa

De una alma de mujer.

—Eres mas pura, dijo Inocencia,
Mas que mi sér.

De entónces vaga siempre celosa
Entre los labios de la mujer,
Siempre sonrisas buscando aleve
Que descuidadas pueda vencer.

I cuentan los rumores

Cuando hablan de candor,

Que la Inocencia siempre vencida,
Muere de amor.

Santiago, setiembre 26 de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

ANTONIO MARÍA AMÉZQUITA.

Nació el 13 de junio de 1820, en el Estado de Boyacá.

Los estudios de literatura, filosofía i ciencias eclesiásticas los hizo en el colejio de San Buenventura, hasta obtener los grados de doctor en teología i cánones, en la Universidad central, en 1837.

Posteriormente se consagró al estudio de la política i de la jurisprudencia, en los colejos del Rosario i San Bartolomé i en el de Boyacá, hasta obtener tambien el grado de doctor i el título de abogado en 1850.

La Universidad pontificia lo recibió en su gremio en 1858.

Ha escrito i publicado lo siguiente:

Un discurso panejírico del jeneral Juan José Neira.

Una oracion fúnebre al doctor Manuel Vargas Gallo.

Otra id. al señor Arzobispo Manuel José Mosquera.

Otra id. al señor Manuel de la Mota López.

Otra id. al Ilustrísimo doctor frai Bernabé Moya.

Otra id. al doctor Bernardo M. de la Mota.

Otra id. al doctor José M. Malo Blanco.

Otra al señor Obispo doctor J. Manuel García Tejada.

Otra al señor José M. Vergara i Vergara.

Otra a los relijiosos franciscanos muertos desde la expulsion hasta 1871.

Otra al padre frai Venancio López.

Otra al señor Pedro Fernandez Madrid.

Otra al Ilustrísimo señor Arzobispo Herran.

Un panejírico del 20 de julio, en 1872.

Otro en el año de 1874.

Otro sobre misiones, 1866.

Otro de San Agustin, 1871.

Otro de id. id. en 1872.

Otro de id. de Santo Domingo, 1873.

Tambien ha escrito los folletos:

Disertacion sobre tuicion eclesiástica, Refutacion al padre Pasaglia, Fariseismo católico, Esposicion de A. M. Amézquita, Inconsecuencias de A. M. Amézquita o sea vindicacion de su conducta como provisor i sacerdote, El clero i sus detractores, Una defensa del señor Arzobispo Mosquera o sea contestacion al folleto: "El Arzobispo de Bogotá ante la nacion" i por último una Disertacion sobre jerarquías católicas.

Ha sido tambien colaborador de los periódicos: LA PRENSA, EL CONSERVADOR i LA ILUSTRACION.

En su carrera de empleado ha desempeñado los siguientes destinos: miembro de los cámaras legislativas, ocho veces, i vice-presidente del senado en 1858, diputado a varias asambleas de Boyacá, rector del colejo del mismo Estado, dean de la catedral de Cartajena i vice-director del colejo de San Antonio de Padua en Tunja.

ESTANISLAO VERGARA.

Nació en Bogotá, el 7 de mayo de 1790.

Se graduó de abogado el 2 de julio de 1812.

En 1836 se propuso publicar, en compañía del doctor José Duque Gomez, un extracto de la obra de derecho romano de Laskis, Cavalario i Fleuri, que sirviera para el estudio de la juventud.

Fué redactor del periódico LA BAGATELA, que apareció durante un año (de 1852 a 1853) i cuya colección se halla en la Biblioteca Nacional.

Murió en esta ciudad el 11 de octubre de 1855.

SECUNDINO ALVAREZ M.

Nació en Purificación (Estado del Tolima) el 1.º de julio del año de 1830.

Hizo sus estudios en los colejos del Rosario i San Bartolomé hasta obtener el título de doctor en jurisprudencia el 14 de julio de 1851.

Después se consagró al estudio de la medicina alópata; i más tarde dejó de practicar ésta, para ejercer decididamente la homeopatía.

Ha desempeñado los destinos de alcalde i jefe municipal de Bogotá, jefe departamental de Purificación i de Vélez, prefecto del territorio de Bolívar, secretario de hacienda en el Tolima, diputado a las legislaturas del Tolima i Santander, juez parroquial, juez de circuito, secretario i magistrado de la corte suprema nacional, etc. En la milicia ha obtenido los grados desde cabo hasta coronel.

Ha publicado la NUEVA CITOLEJIA, LECCIONES DE ORTOGRAFÍA ESPAÑOLA, LAS GUERRAS DE ITAMOL (novela histórica que quedó sin concluir) DECISIONES JUDICIALES O ESTUDIOS SOBRE EL DERECHO PATRIO (que está en prensa) i el MANUAL DE MEDICINA HOMEOPÁTICA del doctor Salvador M. Alvarez, en el cual colaboró para terminar la obra i darla a luz. Tiene inéditos algunos trabajos, entre ellos dos traducciones del francés: TIERRA I CIELO de Juan Reynaud i ESPÍRITU, FUERZA I MATERIA, NUEVOS PRINCIPIOS DE FILOSOFÍA MÉDICA, por Chauvet.

Ha colaborado en varios periódicos, firmando siempre con algún seudónimo.

ISIDORO LAVERDE A.



